

# Inti: Revista de literatura hispánica

---

Number 37  
*Venezuela: Literatura de fin de Siglo*

Article 3

---

1993

## Venezuela fin de siglo

Julio Ortega

Follow this and additional works at: <https://digitalcommons.providence.edu/inti>



Part of the [Fiction Commons](#), [Latin American Literature Commons](#), [Modern Literature Commons](#), and the [Poetry Commons](#)

---

### Citas recomendadas

Ortega, Julio (Primavera 1993) "Venezuela fin de siglo," *Inti: Revista de literatura hispánica*: No. 37, Article 3.

Available at: <https://digitalcommons.providence.edu/inti/vol1/iss37/3>

This Introducción is brought to you for free and open access by DigitalCommons@Providence. It has been accepted for inclusion in *Inti: Revista de literatura hispánica* by an authorized editor of DigitalCommons@Providence. For more information, please contact [dps@providence.edu](mailto:dps@providence.edu).

## VENEZUELA FIN DE SIGLO

(Introducción al simposio "Venezuela: Cultura y sociedad al final del siglo," Brown University, octubre, 1991)

**Julio Ortega**  
Brown University

**V**enezuela, este fin de siglo será un privilegiado espacio latinoamericano de resoluciones. Un laboratorio donde los grandes dilemas irresueltos de nuestra modernidad desigual, se demostrarán tanto en su promesa incumplida como en sus realizaciones posibles. Pero, sobre todo, en su peculiar diferencia nuestra. Esto es, en su definición cultural.

Todo confirma que el proyecto de la modernidad, y no sólo de nuestro lado del descubrimiento, sucumbe ante las evidencias de la desigualdad, la injusticia y la violencia; a tal punto que América Latina bien podría ser, este fin de siglo, las primeras ruinas de la modernidad. Pero también es cierto que en América Latina se levantan los edificios del comienzo del siglo venidero, y aunque están hechos de otros materiales, a veces sólo del discurso, responden por la otra modernidad, la de la diferencia cultural, vivida y sobrevivida desde la capacidad de resistencia de nuestros pueblos. Desde este lado de la promesa, como en la mejor tradición latinoamericana, casi todo, todavía, está por hacerse.

En esta hora de balances y prospecciones, al final y al comienzo de nuestra historicidad conflictiva, la cultura es, nuevamente, la fuente de nuestra comunidad. Somos, de hecho, y a pesar de todas las disuaciones y jerarquizaciones, una federación de culturas, y en ella hemos adquirido nuestra verdadera ciudadanía latinoamericana. Esa fuente es, por lo mismo, la reserva de nuestra diferencia, y en ella recobramos la palabra comunitaria, muchas veces rota por la modernización compulsiva, pero una y otra vez reparada, restituida, por la fuerza democratizadora del diálogo en que adquirimos nuestra propia voz.

Por eso Venezuela. Porque en Venezuela la cultura se ha formado como un sistema mediador entre las hipótesis y los desencantos de la modernidad; porque en sus núcleos de creatividad y en sus nudos de resistencia, es posible reconocer la rehumanización del espacio y del otro. Esta cultura presupone una red de solidaridades, y sutura las heridas tanto como abre los puentes y sostiene las interrogaciones. En contra de la conversión de la sociedad en mercado, en homogenización indistinta, la cultura y las artes apuntalan las diferencias de la individualidad, la distinción de lo heterogéneo; y hasta son capaces de recobrar la plaza pública ocupada.

La literatura venezolana se distingue de inmediato por su sentido de pertenencia, por esa voz clara y urgida que da sentido al lugar donde somos gracias al hablar en que estamos. De las nostalgias y apasionamientos de la pertenencia, de la pérdida y ganancia del lugar donde el sujeto reconoce su nombre, esta literatura da cuenta en los recuentos de la tribu. Se trata aquí de la intimidad de la escritura, que restablece las mediaciones solidarias entre el nombre y las cosas a favor del sujeto hecho palabra. Desde Teresa de la Parra hasta María Auxiliadora Álvarez, el sujeto es actor de su autoría, y se da nacimiento a sí mismo al recortarse sobre el discurso. Tal como ocurre en los relatos de José Balza, relatos de retorno y reacopio, donde el sujeto es el signo abundante de la escritura del mundo. O en las fabulaciones del lugar que reescriben la aventura de lo vivo, en la memoria que reemplaza a la historia, tal como ocurre en la ficción de Alejandro Rossi, Adriano González León y Antonio López Ortega.

A la deriva de la modernidad, la cultura sostiene las fidelidades de la pertenencia. Los sujetos de esta heterodoxia de lo moderno somos un diálogo virtual, interpuesto y restitutivo. Pocos lugares, en efecto, se han construído, desde sus albas y sus salvas del origen, como un espacio geográfico del diálogo posible. Espacio que abre los ojos del cantor, y llena el habla del canto. Es lo que había previsto Lazo Martí en estos versos, donde José Ramón Medina vió la emoción de los llanos:

El horizonte y yo vamos  
solos por la llana tierra:  
me enlazó todos los rumbos  
su audacia de sogá abierta

Juan Liscano observó que en *Canaima* de Rómulo Gallegos la naturaleza no había acabado de hacerse. Y es que en la misma literatura venezolana todo está en gestación. En el proceso de ese devenir las palabras son la forma que adquiere un mundo transitivo y hermoso. Esa pasión de hechura está en los cantos de Liscano como está en el precipitado verbal de Juan Sánchez Peláez y en las fulguraciones de Rafael Cadenas.

Por un lado, en Mariano Picón Salas estos procesos de la formación nacional nos reconocen como una alegría de la inteligencia mutua. Esa calidad

civilizadora y humanizadora de la reflexión de Picón Salas es una verdadera matriz intelectual. Comunica el discurso de la hechura común, que la escritura busca fijar. Por otro lado, en los relatos de Salvador Garmendia los hombres y las mujeres son la hechura conflictiva del medio violentado, la humanidad desgarrada en su gestación misma. Nos es preciso seguir estos procesos formativos para escuchar mejor al sujeto de las gestaciones, a esa voz que nada da por definitivamente hecho. Nos faltan estos mapas de la cultura venezolana para comprender mejor no sólo el destino de sus figuras mayores en el diálogo sino nuestro propio lugar en el mismo.

La geografía de la imaginación venezolana, en esta larga hora crítica, puede revelarnos rutas y pasajes hacia próximos espacios de concurrencia, allí donde los términos de la diferencia sean de reafirmación mutua.

Venezuela ha sido un espacio privilegiado, y generoso, del diálogo iberoamericano. Nos toca ahora escucharlos a Uds.